

EL TIEMPO VIVIDO EN LA BTT AL DELTA

Hay quien dice que el tiempo es el verdugo de la vida. Pero se equivocan. Todo depende de cómo se pasa el tiempo, de cómo se vive la vida. Si lo haces con alegría, con una sonrisa, y disfrutando de cada momento que pasa, podemos decir que el tiempo es el amigo de la vida, el que te permite disfrutarla y vivirla.

Y eso es lo que pasó el fin de semana que fuimos con las bicicletas por la vía verde de Vall de Zafán, vía que une Alcañiz con Tortosa, siguiendo el antiguo trazado de la línea de ferrocarril. Todos disfrutamos del tiempo vivido, pudiendo decir, por lo menos por lo que me toca, que fue un fin de semana perfecto tanto en organización como en participación.

El sábado, según el horario previsto, partimos de Zaragoza un grupo de veinte personas con sus respectivas bicicletas, con una media de edad de 45 años (los hijos de Angel Giner rebajaban considerablemente la media).

Tras un plácido viaje atravesando las tierras del bajo Aragón, llegamos a Valdealgorfa a la hora prevista. Descargadas las bicis, y montadas las ruedas, iniciamos la excursión, no sin antes ser partícipes, como figurantes, de la primera película del día “ Misión Imposible 4”:

El protagonista Patxi, el conductor del autobús, y la misión imposible, dar la vuelta de un autobús de 50 plazas en una carretera estrechísima, sin pisar los bancales ni romper los almendros que había a los lados de la misma.

Tras superar la misión y hacer la foto de inicio de etapa, comenzamos el pedaleo. Ya he dicho que el fin de semana fue perfecto, y perfecto fue el tiempo que nos acompañó. De entrada, cuando había que hacer esfuerzo- con una pendiente según los expertos del 4%- el cielo abrió una estupenda sombrilla que cubrió el sol, matizando la fuerza de éste, y permaneciendo abierta hasta que llegamos a la primera parada de avituallamientos, coincidente con el final de la “ascensión”.

A partir de ahí, pedalear y cantar, Parecíamos, esta vez, los protagonistas de la serie “verano Azul” yendo a buscar a Chanquete. De hecho, de cuando en cuando, algún que otro miembro del grupo entonaba la conocida canción. Lo cierto es que parecíamos chicos con la sonrisa en la boca, y la alegría en el cuerpo.

La mañana fue discurriendo por la vía verde pedaleando sin prisa pero sin pausa entre almendros, olivares, carrascas, romeros y enebros. Una vez superada la zona de pendiente, primer descanso y tentempié en un viejo apeadero, todavía en territorio aragonés. Lamentablemente este, y los demás que nos encontramos en nuestra tierra marcaban claramente el paso del

tiempo, aunque sus gruesos muros se resisten y permanecen todavía erguidos, dejando ver lo que aquella vía de ferrocarril fue y no volverá a ser.

En la segunda parte de la vía, denominada Terra alta, encontramos un paisaje abrupto de pinar, roca y barranco, momento en que empezaron la zona de túneles, muchos de ellos horadando el parque natural de los Puertos. Debo decir, que cuando te introduces en un túnel la sensación es extraña. Te alumbras con una luz justita, la del incómodo frontal, de manera que pedaleas con inseguridad, y vas frenando porque parece que si aceleras vas a adelantar al haz de luz que escasamente te ilumina, por lo que cuando ves el final, aceleras para llegar cuanto antes y ver el cielo azul y el suelo iluminado, donde recobras la seguridad del pedaleo.

La primera etapa del viaje estaba en BOT, y como la cerveza dicen que es una buena hidratante, por eso de cuidar la salud, nos dirigimos decididos, salvando la cuesta que separa la vía verde de la plaza de la Iglesia, al bar del pueblo donde, siguiendo los consejos médicos, nos hidratamos convenientemente.

Y vuelta al pedaleo, esta vez hasta la estación de Benifallet, zona de la vía en tierras catalanas, dejando claro con la rehabilitación de la estación y la instalación de un bar cafetería, que los catalanes son más negociantes que los aragoneses. El viejo apeadero aunque ya no recibe trenes, recibe ciclistas, como nosotros, que agradecen sobremanera la posibilidad de sentarse cómodamente y poder dar cuenta de las viandas que cada uno trae, acompañada de una jarra de cerveza, si el grupo es pequeño o de vasos y jarras si es grande. Fotos y risas, la tónica del viaje, se repitieron en la comida y a ellas me remito.

Una vez repuestos convenientemente, seguimos con el alegre pedaleo, pero esta vez más alegre si cabe porque lo hacíamos cuesta abajo. Los túneles se sucedían, estos con luz - ya se sabe que los catalanes son más ricos- pero no por ello podíamos desechar los incómodos frontales, y tener la sensación de inseguridad al introducirte en ellos.

El paisaje precioso a lo largo de todo el recorrido. Nuestro Ebro, majestuoso, discurría a nuestra izquierda en busca del Mediterráneo, y por fin llegamos a la meta: Xerta, donde otro viaje apeadero, esta vez sin restaurar, nos recibía. Se supone que allí acababa la excursión. Sin embargo, como los aproximadamente 70 km que habíamos hecho nos sabían a poco, todavía quedaba luz, y fuerzas en los ciclistas, decidimos seguir hasta Amposta.

En este tramo improvisado, un segundo pinchazo de la rueda de una bicicleta. Pero como íbamos con gente ilustrada, no hubo que preocuparse ya que en un santiamén cambiaban las ruedas y solucionaban el problema. ¡lo que enseñan las oposiciones!. En total, 3 pinchazos en 140 Km de recorrido en dos días, y teniendo en cuenta que éramos 20, podemos decir que hasta en esto el fin de semana fue perfecto.

A partir de Xerta, improvisación de la ruta. Nuestro presi, con eso de que le gusta escalar, pretendía saltar con la bici por un puente, impidiéndolo unos lugareños que nos enseñaron un camino más fácil para acceder al canal que, a nuestra derecha, nos acompañaría hasta Amposta donde completaríamos los casi 100 km que hicimos el primer día.

Una vez allí, unos niños que podía pasar por hijos de la Lola Flores, aunque supongo que catalanes, nos informaron de donde estaba el embarcadero, a donde nos dirigimos para hacer nuestra tercera hidratación, esta vez con agua además de cerveza. Y llegados allí, risas y fotos con un cielo preciosísimo, con azules, rosas y amarillos, que ya despedía el día y nuestra primera etapa en bici.

Cargamos las bicis en el bus, y camino hacia el hotel, donde una vez instalados, disfrutamos de una cena previa a un sueño reparador, no sin antes entonar todos a una, el cumpleaños feliz para uno de los amigos del grupo que no estaba con nosotros. Y hecho esto, a dormir y descansar que el día siguiente llegaba pronto. Pero eso es otra historia que glosará nuestro amigo Paco. En definitiva, un fin de semana perfecto, que debemos agradecer a la ilusión de todos y especialmente a Alberto que organizó todo de maravilla.

Sagrario Valero Bielsa